

Alejandro Palomas

**Una madre**

**S**iruela

Nuevos Tiempos

*El buen funámbulo sabe que  
el verdadero vacío está arriba.*

*A todos los que mantienen el equilibrio.  
A mi madre.  
Y a Rulfo, siempre.*

Libro primero  
**Algunas luces y muchas sombras**

«No se puede encontrar paz evitando la vida, Leonard.»

Virginia Woolf en la película *Las horas*,  
basada en la novela homónima de Michael Cunningham

# Uno

Mamá había dicho que ella misma compraría las flores, pero con tanto ajeteo se le ha olvidado pasar esta tarde por la floristería y nos hemos quedado sin. Ahora cuenta uvas a mi lado. Las arranca delicadamente del racimo mientras escucha la radio que suena a tres bandas en el pequeño apartamento: en el transistor que está en la encimera de la cocina, en el que se ha dejado encendido en su habitación y, por último, en el que tiene instalado en el cuarto de baño y que raras veces apaga. Sentados a la mesa del comedor, ella cuenta uvas y yo doblo las servilletas rojas con estampados navideños mientras en el horno se enfría la crema de espárragos y un asado de algo que supuestamente debería ser pavo pero que parece otra cosa.

Al otro lado del ventanal es noche cerrada. En el suelo, junto al sofá, duerme acurrucado Max. Tiene la cabeza apoyada en un pequeño charco de babas y da patadas en sueños. Shirley, la perrita de mamá, duerme junto a él en la cesta, tapada con su manta de cuadros.

Barcelona. Hoy es 31 de diciembre.

–Seremos cinco –dice mamá–. Eso sin contar a Olga, claro. –Olga es la novia de Emma, o, como la llama Silvia cuando no tiene a Emma a tiro, «la añadida», de ahí que mamá siempre la cuente aparte. Y no es que lo haga con desprecio. Simplemente cuenta como cuentan las madres: los míos a un lado, los demás al otro. Aquí mi sangre, allí lo que no la tiene–. Aunque tío Eduardo llegará un poco más tarde, porque su vuelo lleva

retraso –aclara, apartando doce uvas y metiéndolas en el primer bol. Luego sigue contando. Al ver que no digo nada, para y me mira–. ¿Pasa algo?

Niego con la cabeza. Mamá está nerviosa e ilusionada. Lleva así unas semanas, desde que tiene la certeza de que esta noche estaremos todos. Por fin, después de tantos intentos frustrados, los que somos su sangre nos sentaremos a la mesa a celebrar el fin de año y brindaremos juntos. Es un gran día para ella y no lo disimula, porque no sabe hacerlo. Desde que se divorció de papá, siempre ha pasado algo, algo ha terminado torciéndose y la cena de Nochevieja ha estado coja. La primera Navidad, Emma se quedó colgada casi un mes en Argentina porque la compañía aérea en la que viajaba se había ido a la quiebra, dejando al pasaje de todos sus vuelos en tierra. Tío Eduardo fue el siguiente en faltar: decidió un año más tarde irse a vivir a Lisboa y estaba por esas fechas a la espera de recibir el par de contenedores llenos de muebles que al parecer se habían perdido por el camino y que por fin habían aparecido en Tánger. Y el año pasado nos tocó a Max y a mí. El día 31 a mediodía, mientras jugaba con él en el parque, su pelota rebotó contra un árbol y salió despedida a la calle. Max hizo lo que jamás había hecho hasta entonces: echó a correr tras la pelota como si le fuera la vida en ello y al salir a la calle un 4x4 se lo llevó por delante. Pasamos la noche en urgencias de la Facultad de Veterinaria, él milagrosamente ileso, aunque en observación obligada; yo con dos trankimazines en vena, tumbado en una camilla entre Max y un shar pei con cara de buda enfurruñado que no paraba de aullar porque al parecer tenía un no sé qué en los intestinos, así que para mamá la cena fue de nuevo un mar de pocas luces y muchas sombras.

Esta es, por fin, la noche de mamá, y ella lleva en danza desde las seis de la mañana, tan emocionada que, entre los nervios, la torpeza que la caracteriza y lo poco que ve, llevamos un récord de damnificados adicionales amontonados junto al cubo de la basura.

–Saca eso antes de que llegue Silvia, por favor, Fer –me suplica con cara de angustia antes de sentarse con las uvas a la mesa–. Ya sabes cómo se pone tu hermana cuando rompo algo –añade al tiempo que mira de reojo la bolsa con los restos de la lámpara

de porcelana, tres vasos, dos marcos de fotografías, una jarra de agua y una tetera supuestamente china que hasta la fecha era la estrella de su colección de horrores en miniatura, cortesía de un periódico que ella se niega a leer, pero que compra «por los regalos».

Ahora me mira desde su lado de la mesa y de repente hay en sus ojos tanta ilusión contenida, tantas ganas de que la noche sea un éxito y de tenernos a todos aquí que, a pesar del día que me ha dado, y reprimo las ganas de abrazarla y decirle que no se preocupe, que todo va a salir bien.

—¿Tú crees que les gustará? —pregunta por enésima vez, volviéndose a mirar el horno—. Es que... estaba pensando que a lo mejor es poca comida. Aunque, claro, también están las dos ensaladas, y tío Eduardo seguro que llega con algo del Duty Free. Y además quedan los turronec que trajo Silvia el día de Navidad, y...

—Cálmate, mamá —la corto con suavidad—. Habrá comida de sobra.

Debemos de haber tenido esta conversación al menos una decena de veces en las últimas tres horas. ¿Llegará la comida? ¿Será suficiente? ¿Les gustará? ¿Hace mucho calor? ¿No sería mejor que bajáramos un poco la calefacción? ¿Encendemos ya las velas o esperamos a que lleguen? ¿Y el aperitivo? Ah, ¿sin aperitivo? ¿Tú crees?... Preguntas. Mamá lanza preguntas al aire como si fuera repasando los ingredientes de una receta que ya no permite demasiados retoques, porque la hora es la que es y a estas alturas deben de estar todos en camino. Sus preguntas esconden otras de distinto calado, y solapan las que realmente la tienen así, sufriendo por adelantado, entre la ansiedad y una emoción casi infantil que no ha aprendido a controlar a pesar de los años: son esos interrogantes que la atormentan y que ni ella ni ninguno de nosotros podemos resolver de antemano, porque algunas familias son así —somos así—, así de intensas, así de imprevisibles y de arrebatadas; son esos interrogantes que, si mamá se atreviera a darles voz, sonarían así: «¿Tú crees que Silvia se comportará y no se las tendrá con Olga? ¿Y que no empezará a hablar de política y a cargar contra los bancos o contra tu padre y tendremos la

fiesta en paz? ¿Y tío Eduardo no nos contará ninguna historia de esas cochinas de sus viajes que a Olga la ponen así tan... tan...? Y dime que no se presentará ningún vecino del edificio, como hace dos años, cuando apareció el señor Samuel, el del 1.º C, con la pobre cubana mulata esa medio desnudita, preguntando si teníamos una botella de ron, y la cubana que luego volvió porque se quería quedar con nosotros y... ay, hijo, dime que no».

Y es que, aunque desde que papá ya no está se han liberado muchos nudos y mucha tensión con los que afortunadamente ya no nos toca lidiar y la cena de Nochevieja se ha suavizado mucho, el fin de año es una fecha que a esta familia se nos atraganta. Por eso llegamos tensos a esta noche, decididos, cada uno desde su rincón de vida, a corregir en lo posible la intensidad del año anterior y pasar una velada ligera, charlando tranquilamente de naderías y compartiendo un sentido del humor en el que todos nos reconocemos y que nos hace más familia, que nos habla mejor de lo que somos juntos.

Hasta la fecha, los intentos han sido siempre fallidos.

A eso hay que sumarle que desde hace unas semanas algo parece haber puesto en alerta a mamá. Está inquieta, preocupada. Sin saberlo, barrunta cosas que todavía le son ajenas, verdades todavía no perfiladas. Luces y sombras. Está torpe. Hace más ruido.

No imagina que quizá tenga razones para estarlo. Razones que desconoce.

Todavía.

–No, no me pasa nada –respondo, intentando olvidar la última cena en la que estuvimos todos y tío Eduardo quiso sorprendernos con un «regalazo» (así lo anunció él, golpeando con una cucharilla la copa de champán, con tan mala suerte que la copa quedó hecha trizas al tercer golpe, sembrando de cristales el mantel. El regalo en cuestión fueron unas carpetas de colores con información detallada de cómo hacernos socios de Dignitas, la sociedad esa de suizos que ayudan a suicidarse al mundo. A la carpeta había adjuntado una copia del formulario para redactar el testamento vital. Olga, católica de la rama amarga donde las haya, se había puesto verde; y Emma se había echado a llorar así,



como llora ella, sin hacer ruido, porque acababa de morírsele su perra Lúa y de repente se sentía culpable ahora no me acuerdo de qué. Luego los mayores habían bebido un poco de más, y tío Eduardo se había caído por las escaleras (mamá vive en un primero) y habíamos tenido que llamar a una ambulancia. Durante el trayecto al hospital no dejó de agitar en el aire su copia del testamento vital mientras le gritaba al enfermero, arrastrando las palabras como un viejo beodo: «¡Sois todos unos asesinos y unos mariquitas, pero conmigo no vais a poder! ¡Demonios, más que demonios!».

Sí, dejando a Olga a un lado, seguimos siendo cinco. Dos generaciones de hermanos: la de mamá –tío Eduardo y ella– y la mía –Silvia, Emma y yo–, como dos raíles en paralelo cruzando el tiempo, separados esta noche por la mesa, los platos, las copas y las interpretaciones múltiples de nuestra historia en común.

Sin papá. Sin los abuelos.

Ellos muertos. Él ido. Ausentes todos.

Y yo aquí, contando uvas con mamá como si nada, temiendo –como ella– lo que quizá depare la noche en esta mesa puesta para siete. «Que nada se tuerza, por favor, que nada se tuerza», la adivino pidiendo en silencio, mientras recuerdo de pronto la confesión que hace apenas cuarenta y ocho horas me ha hecho Silvia y cuyo peso noto desde entonces sobre los hombros como una segunda piel.

Y es que en mi radar particular palpita desde hace unas horas una luz roja que conozco bien. Es una luz que titila, cada vez más clara, en la pantalla rectangular de mi mente, roja sobre fondo blanco como las servilletas que ahora doblo.

A un lado de la mesa, mamá inspira hondo y saca despacio el aire por la nariz. A este lado, yo la miro y la siento cerca. Mamá es parte de mí, de lo que me gusta y no me gusta tener conmigo. «Es muchas cosas. A veces, demasiadas», pienso mientras seguimos preparando la mesa y en la radio alguien se ríe. Hablan de uvas, de años anteriores y de cosas que no interesan nada. Lugares comunes. Huecos. Ruido navideño.

Falta poco.

Deben de estar a punto de llegar.